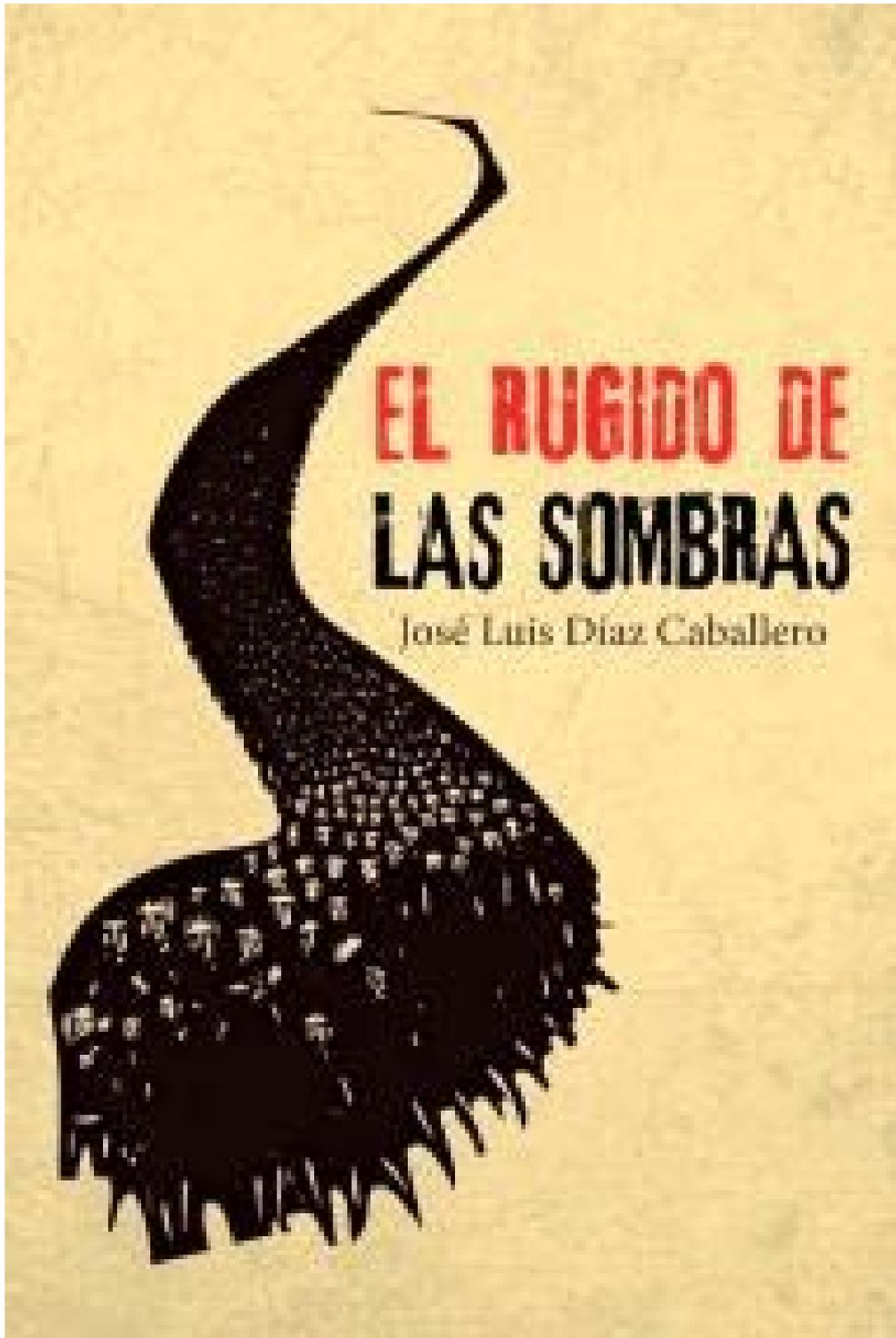


EL RUGIDO DE LAS SOMBRAS (CAPÍTULO 1)

JOSÉ LUIS DÍAZ CABALLERO



Capítulo 1

«...y hubiera pospuesto así el aprendizaje de lo que su padre sin estudios se había empeñado tanto en enseñarle: la terrible, la incompresible manera en que las elecciones más triviales, fortuitas e incluso cómicas obtienen el resultado más desproporcionado».

PHILIP ROTH, Indignación.

Madrid Madrugada del 24 de diciembre de 2011 Francisco Labranca tiene las manos cubiertas de sangre. A las 0:35 horas de la noche aún la ve correr entre sus dedos. Las gotas han dibujado una sombra roja en el suelo. Los reflejos diagonales de la calle cristalizan su interior. Observa en ella la mitad de su rostro y comprueba que el ojo izquierdo se encuentra completamente cerrado. Con su espalda pegada contra la pared eleva débilmente ambos brazos. Mira los cortes profundos. La sangre seca se mezcla con la húmeda mientras esta penetra por el interior de la chaqueta. Francisco piensa en un último esfuerzo porque aún tiene tiempo. Cierra los ojos para expulsar el sudor frío que fermenta en sus pupilas. Limpia su nariz con el dorso de la mano izquierda y la introduce en el bolsillo del pantalón. Saca de él un sobre amarillo doblado por la mitad. Lo abre cuidadosamente con la yema de los dedos.

Francisco no quiere desprenderse de la sangre que circula por la palma de sus manos.

Extrae del sobre tres folios, los despliega por el vértice exterior y lee. Carta del general Robert Mubumba fechada en Madrid el día 4 de noviembre de 2011. Ha sido esta y no otra. Francisco sabe que tan solo quedan tres o cuatro minutos. Entonces tendrá que dejar de leer. De momento, la primera línea corta su respiración como un hacha recién afilada.

El general era culpable. La carta que tiene entre sus manos confirma que el día 3 de febrero de 1999 un batallón del MLA-52, formado por treinta y cinco hombres, atacó brutalmente la ciudad de Masisi. Mubumba se encontraba al frente. Él ordenó que los sesinatos se produjeran a punta de machete. Los milicianos descuartizaron sin piedad a hombres y mujeres. Quemaron los miembros mutilados al pie de las cabañas mientras se emborrachaban sin reparo con whisky y vino de palma. Hubo torturas y violaciones masivas. Tan solo sobrevivió un grupo de ochenta niños a los que luego convertirían en soldados o trabajadores esclavizados en las minas de coltán. Entre ellos estaba él.

El general Robert relata los detalles del encuentro. El objetivo había sido tomado y ya no se escuchaba el ruido de las ventanas rompiéndose ni tampoco el grito intermitente de los ejecutados. Los milicianos degollaban

a los moribundos y saqueaban las cabañas en grupos de dos. Las columnas de humo superaban los tres metros de altura y la sangre licuada se mezclaba lentamente con el lodo de las esquinas. Mubumba descansaba en un banco con las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en la pared de una cabaña. Miraba intensamente al cielo mientras sostenía su Biblia con la mano derecha.

Primero la besó y luego esbozó una ligera sonrisa; de su boca se escapó un murmullo orgulloso de victoria.

El niño apareció por algún sendero que subía del río Epulu. El general reconoce que al principio le vio como una sombra enemiga. Un primer impulso le hizo agarrar fuertemente el machete; también irguió la espalda, tensó el cuello y puso la barbilla en línea con el suelo. Comprobó que el niño caminaba con paso lento hacia el centro de la pequeña plaza sin advertir su presencia. Se levantó del banco y caminó hacia él. El pequeño se volvió al escuchar sus pasos y comenzó a temblar. Sin llorar, pero con los labios vacilantes, retrocedió medio metro mirando hacia ambos lados de la plaza. El general guardó la Biblia en el bolsillo derecho de la guerrera y le ordenó parar. Se acercó lentamente y le acarició la barbilla con el pulgar; prometió gravemente que no le mataría.

Francisco sabe ahora que la madre salió de una cabaña con el torso inclinado y la ano derecha apretando el centro del abdomen. La otra empuñaba con fuerza una Smitt & Wesson del calibre 32. Avanzó con dificultad hacia el centro de la plaza. El líquido oscuro que colgaba entre sus piernas indicaba que había sido violada; la herida del estómago era producto de un violento machetazo. Se derrumbó a tan solo dos metros del general. Desde el suelo le apuntó decididamente con el revólver. Las heridas hicieron que agachara la mirada y hundiera su antebrazo derecho en el estómago. La muñeca de su mano izquierda giró hacia el interior mientras el cañón dibujaba círculos abiertos a su alrededor. Le dijo con la voz rota que soltase a su hijo. El general contestó con una carcajada.

La mujer quiso enderezar la culata del revólver. Envolvió el gatillo con el dedo índice e hizo un gesto afirmativo de impulso. Quería e iba a disparar, pero hundió sus ojos en el suelo cuando tres milicianos se acercaron por la espalda. Negó tres veces con la cabeza hasta que el brazo izquierdo se venció como un peso muerto. Todo a su alrededor era un charco espeso de saliva y sangre.

La escupieron los tres al unísono. Uno de ellos la llamó zorra; otro, de nombre Kouré, se maldijo por no haberla rematado dentro de la cabaña. El tercero, Lahar, apuntaba con un AK-47. Mubumba les ordenó que no la tocasen. Se agachó ante ella agarrándole el pelo de la coronilla. Ella elevó el revólver un par de centímetros. El general cegó la salida del cañón apuntándolo contra el aire. Dijo que se sentía condescendiente. Sabía que solo le quedaba una bala porque de otro modo no habría intentado

asegurar el tiro de esa forma. Le daba la oportunidad de utilizarla para matarse. Giró la muñeca de la mujer y la condujo hacia la sien. Añadió que si no lo hacía los tres milicianos le dispararían en la mano y luego la volverían a violar. A continuación la degollarían. Su hijo sería testigo de todo. La vería desangrándose, revolviéndose en el aire mientras intentaba respirar. El general se incorporó, cruzó las manos por la espalda y dio un par de pasos. En ese momento la mujer dirigió el revólver hacia su hijo y le disparó. La bala atravesó la manga de la camisa, reventando las hebras de tela. La sangre dibujó un pequeño cerco alrededor del agujero abierto por el impacto. El niño cerró los ojos y encogió la clavícula; luego miró con asombro la herida y la cubrió con la palma de la mano derecha. Ella rompió a llorar mientras soltaba el revólver.

Francisco también considera irrelevante que Mubumba le ordenase al niño el asesinato de su propia madre. Poco importaba que este le diese a la mujer una patada en la palma de la mano derecha, otra en el costado y una última en la nuca. También carecía de importancia que uno de los milicianos la sujetase por las muñecas y otro por los tobillos; que el niño la mirase con la boca abierta y los labios cubiertos de saliva; que este negara tímidamente con la cabeza o que ella gimiese mientras escupía gargajos abiertos de sangre.

Pero hay un detalle que Francisco no pasa por alto. Algo que lee y le hace apretar con fuerza los ojos, doblar el cuello hacia atrás y mancharse la mandíbula con los restos colgantes de una herida. Un dato del que no pudo o no quiso saber en su momento. Un dato que debió conocer si hubiese recordado cómo discernir entre lo superfluo y lo irremediable; algo que pudo hacer cuando supo que ya no visitaría jamás la sala de comunicaciones de la cárcel.

El último pasaje de la carta dice que el general desenfundó su machete y sostuvo la hoja en el aire durante al menos dos segundos. La empuñadura estaba envuelta por una tira de cuero blanco. Hizo que el niño colocase las palmas hacia arriba, dejándolo caer en línea horizontal. Aquello era inhumano, descarnado; aquello era absolutamente previsible.

¿Cómo iba a intuir Francisco que el pequeño sostendría la empuñadura con la mano derecha y que retiraría la izquierda con un grito de dolor? ¿Cómo iba a saber que Mubumba tuvo que recoger el machete del suelo y clavar él mismo la punta en el estómago de la mujer? ¿Cómo iba a adivinar que el niño volvió a gritar cuando el general cogió nuevamente su mano izquierda para posarla con fuerza en la base de la empuñadura? ¿Cómo iba a sospechar que aquel niño cerró los ojos mientras mataba a su madre porque no soportaba el dolor de una herida infectada y plagada de pústulas? La culpa que recae sobre Francisco no es irreal. Podría haber advertido con meridiana claridad que era una herida de quemadura. Aunque el accidente se había producido dos meses antes del ataque, la falta de antibióticos pudo hacer que empeorase hasta extremos como el

relatado en la carta. En ese caso —y se hubiera percatado de un dato tan evidente— habría buscado la forma de contactar con él aunque ello hubiese supuesto una violación del secreto de confidencialidad entre abogado y cliente.

Posiblemente frecuentase la misma cafetería de la Travesía de San Mateo en la que tuvieron el primer encuentro. Está convencido de que durante los últimos treinta y cinco días esperó pacientemente una noticia como aquella. Sabía cuáles eran sus planes.

Habría evitado el riesgo que hubiese supuesto una llamada a la Embajada o al Ministerio de Interior de su país. Lo más probable es que hubiese viajado hasta Brazaville en el primer vuelo de la compañía KLM. Un primo suyo que trabajaba en el Hotel Memling de Kinshasa podría haberle llevado en coche hasta Ituri. Sin embargo, disponía de un contacto en el puesto fronterizo de Ngobila que le hubiera conducido a tan solo diez kilómetros de la zona de control. Una vez dentro habría logrado identificarse con las manos en alto y una fotografía en el pecho antes de que nadie, incluso él, le hubiese descerrajado un tiro en la frente.

Pero otra vez ha sucedido. Otra vez el mismo final. Otra vez el mismo abrigo olvidado, el mismo sobre amarillo, el mismo gesto al entrar en casa, la misma posición unto a la mesa, el mismo cerco de polvo, el mismo error, la misma consecuencia, la misma maldita sombra que lo envuelve todo mientras ruge en sus oídos con violencia.

De nuevo un solo detalle, en este caso la herida de un niño, podría haberlo cambiado todo.

Francisco abre su mano izquierda y deja caer los papeles en el suelo. El rumor nocturno de la calle Gran Vía asciende hasta la novena planta del número 60 y se cuelga por la ventana del baño. El reguero de sangre se desliza por debajo de la puerta y cruza en diagonal el suelo del salón. Observa con la cabeza torcida que la luz permanece encendida. Se pregunta si merece la pena malgastar el próximo minuto en recorrer el camino de vuelta para apagarla.